

FERNÁNDEZ CUETO

➤ En estos momentos, la insensibilidad de los asambleístas del Distrito Federal ante el desprecio que demuestran por la vida nos indigna y ofende profundamente.

La vida y sus contrastes

PAZ FERNÁNDEZ CUETO

Todos estamos consternados ante la amenaza de epidemia del virus A H1N1. De pronto y sin previo aviso, la fragilidad de la vida se hizo patente ubicándonos con precisión en nuestros propios límites, al poner en evidencia la precariedad de la existencia, el valor de una sola vida humana, su fragilidad, la necesidad de conservarla, lo vulnerable de nuestra condición y lo importante de preservar la salud individual y colectiva que en última instancia no depende en forma absoluta de nosotros. Palabras como pestes, epidemias o plagas nos sonaban arcaicas, historias que pertenecían a la Edad Media, calamidades que han azotado a la humanidad de las que no tenemos memoria, desgracias que padecieron hace siglos nuestros antepasados durante la conquista o en épocas de La Colonia cuando ni por asomo habíamos alcanzado el apabullante desarrollo científico que hemos logrado en la actualidad.

El mundo entero, puesto en alerta por la OMS, Organización Mundial de la Salud, obedece puntualmente las indicaciones previstas para estos casos en los que la amenaza de pandemia se hace patente. Las

medidas tomadas son estrictas, contundentes, por lo que la probabilidad de frenar la propagación del virus resulta muy esperanzadora. Aun así, la incertidumbre ha invadido todos los ambientes produciendo una sensación extraña de impotencia ante lo desconocido, algo que antes no habíamos experimentado. Hoy más que nunca aplica aquello de que *no hay que preocuparnos sino ocuparnos*, evitando a toda costa transmitir el desánimo, contagiándonos de una tristeza que paraliza o de un pesimismo que no resuelve nada y menos acarrea nada bueno.

Podríamos decir que ya teníamos bastante con la crisis económica que padecemos a nivel mundial, que las desgracias nunca vienen solas, que para colmo de males también tembló en esta Ciudad de

México, convertida ahora en epicentro de la epidemia. Sin embargo, vale la pena pensar que aunada a esta crisis, la epidemia es un motivo más para reflexionar y reorientar nuestras vidas hacia horizontes más humanos, quizá para ser más solidarios con quienes padecen necesidad, más conscientes con lo que la vida nos gratifica

a cada momento, más sensibles para descubrir la felicidad barata que está al alcance de la mano, más conscientes para aprovechar bien el tiempo y los recursos, más humildes para reconocer nuestros propios límites, apreciando en todo lo que vale lo que somos, lo que tenemos y de lo que somos capaces, en una palabra, más agradecidos. Al enfrentar una amenaza mayor, es la gran oportunidad para distinguir entre lo urgente y lo importante, entre lo fugaz y lo permanente, entre lo pasajero y lo verdaderamente trascendente, agradeciendo a cada instante el regalo de la vida que obtuvimos sin merecerla.

No faltan, aun en estas circunstancias tan difíciles, quienes afectados por una guerra colectiva alarmante, y haciendo gala de grave insensibilidad, los mismos días en que se anunciaba el inicio de la epidemia nos presumían como un servicio para nuestra ciudad haber eliminado 23 mil vidas humanas a través del aborto en tan sólo dos años. Me refiero al gobierno del Distrito Federal y a su Asamblea Legislativa, de quienes me siento profundamente avergonzada. Mientras por una parte nos lamentábamos por cada vida que desgraciadamente se perdía, en total 150, los asambleístas anunciaban como todo un logro de vanguardia: *"Para que funcione el Distrito Federal... a dos años de aprobarse la interrupción legal del embarazo, hasta antes de las doce semanas de gestación, más de 23,000 mujeres han hecho valer su Derecho a Decidir"*. Si estoy entendiendo bien, lo que los asambleístas quisieron decir es que para que funcione la Ciudad de México, es decir mi



Continúa en siguiente hoja

Fecha 01.05.2009	Sección Primera	Página 13
----------------------------	---------------------------	---------------------

ciudad, las mujeres tenemos el derecho de matar a nuestros hijos si así lo juzgamos conveniente. ¿Por qué usar eufemismos? ¿Por qué no tener al menos la valentía de llamar a las cosas por su nombre? ¿Por qué no decir sencillamente que se eliminaron 23 mil vidas humanas sanas, vidas no conta-

giadas de ningún virus, vidas prometedoras, vidas de mexicanos menores de edad?

Ninguna diferencia hace, a efectos de atenuar la responsabilidad de estos legisladores, de la que algún día tendrán que dar cuenta, haber contado con la complicidad de sus madres, mujeres seguramente ofuscadas a quienes no se les ofreció

alternativa mejor.

Si nuestros asambleístas no son capaces de comprender esta realidad tan sencilla en momentos de tanta preocupación de nuestra ciudad, ¡mejor que se callen!

Correo electrónico: pazcueto@avantel.net